

# I

No son todavía las ocho. Ștefan Valeriu lo sabe por la marca del sol, que no ha llegado más que al borde inferior de la *chaise-longue*. Nota cómo sube por la barra de madera, cómo envuelve sus dedos, la mano, el brazo desnudo, caliente como un chal... Pasará un rato —cinco minutos, una hora, una eternidad— y en torno a sus párpados cerrados habrá un centelleo azulado con vagas líneas plateadas. Entonces serán las ocho y se dirá, sin convicción, que tiene que levantarse. Como ayer, como anteayer. Pero se quedará así, sonriendo al pensar en este reloj solar que ha construido desde el primer día con una *chaise-longue* y un rincón de la terraza. Siente su pelo arder al sol, áspero como el cáñamo y piensa que, al fin y al cabo, no es una gran pérdida haber olvidado en París, en su habitación de la rue Lhomond, la botella

de brillantina Hahn, su única pero suprema coquetería. Le gusta pasarse los dedos por ese cabello enredado, del cual, por la mañana, no ha conseguido el peine soltar más que unos tres remolinos, ese pelo que siente tan rubio por lo áspero que resulta entre sus dedos.

Debe de ser muy tarde. Se han oído hace poco unas voces por la alameda. Desde el lago ha gritado alguien, una voz de mujer, quizá la inglesa de ayer, la que lo contemplaba mientras nadaba a estilo libre y se maravillaba de esa lucha con el agua, ella, que no conocía más que la braza.

Ştefan columpia la pierna por encima de la barra de la silla y busca por la hierba, sin calcetines como está, restos de humedad. Conoce él, hacia la izquierda, no lejos, junto a los arbustos, un sitio donde el rocío permanece largo rato, hasta el mediodía. Así. El cuerpo que arde somnoliento al sol y esta sensación de frío vegetal.

El lunes por la noche, cuando bajó al comedor de la pensión después de —apenas llegado de la estación tras un largo viaje— cambiarse rápidamente de camisa, la serbia parlanchina de la mesa del fondo dijo en voz alta, para todo el mundo:

—*Tiens, un nouveau jeune homme!*\*

Ştefan le estuvo doblemente agradecido. Por *nouveau* y por *jeune homme*. Había sido viejo una semana antes,

\*. ¡Mira, un chico nuevo! (*Todas las notas son de la traductora.*)

al salir de su último examen de médico residente. Viejo, no envejecido. El cansancio de las noches sin dormir, las mañanas de hospital, las largas tardes en la biblioteca, las dos horas de examen en una sala oscura ante un profesor sordo, la gruesa ropa de invierno, el cuello que le parecía sucio... Después, el nombre de este lago alpino que encontró por casualidad en una librería, en un mapa, el billete de tren comprado en la primera agencia de viajes, el recorrido por los grandes almacenes, un pulóver blanco, un pantalón gris de algodón, una camisa de verano, la partida como evasión.

*Un nouveau jeune homme.*

\*

No conoce a nadie. Algunas veces le han dirigido la palabra de pasada, pero él ha respondido de forma evasiva. Ştefan recela de su acento inseguro y le resultaría desagradable traicionarse como extranjero desde el primer día. Después de comer se escurre rápido por entre las mesas, ausente, casi enfurruñado. Los demás lo podrían considerar huraño. Él es solo perezoso. Arriba, en la parte trasera de la terraza, empieza el bosque. Allí hay un trozo de tierra con hierba alta, densa y elástica. La aplasta toda la tarde con el peso de su cuerpo dormido y al día siguiente la vuelve a encontrar entera brizna a brizna. Está tumbado en el suelo, con los brazos estirados a ambos lados, con las piernas extendidas, con

la cabeza hundida entre las hierbas, vencido por una fuerza contra la que le gustaría luchar.

Ha saltado una ardilla de un avellano a otro. ¿Cómo se dirá ardilla en francés? Hay un inmenso silencio... No. No hay un inmenso silencio. Eso es de algún libro. Hay un inmenso barullo, un inmenso vocerío zoológico, grillos que cantan, saltamontes que se agitan, escarabajos que chocan en el aire, golpeando ruidosamente sus alas y cayendo a continuación con un sonido denso, como de plomo. En medio de todo esto, su respiración, la de Ștefan Valeriu, es un detalle menor, un signo irrisorio de vida, irrisorio y capital como el de la ardilla que ha saltado, como el del saltamontes que se ha detenido en la punta de su bota creyendo que es una piedra. Qué bien está saberse aquí, un animal, un ser vivo, un bicho insignificante que duerme y respira bajo un sol que es de todos, sobre un trozo de tierra de dos metros cuadrados.

Si le apeteciera pensar, ¿qué pensaría un grillo sobre la eternidad? Y si, por casualidad, la eternidad tuviera el sabor de esta sobremesa... Se ven abajo, en la terraza de la pensión, sillas, chales, vestidos blancos. Y, más lejos, el lago azul, transparente, idílico. Una postal.